

HISTORIA
ECONÓMICA
DE LA
FELICIDAD

UNA NUEVA
VISIÓN DE LA
HISTORIA
DEL MUNDO

EMANUELE
FELICE

CRÍTICA

EMANUELE FELICE

HISTORIA
ECONÓMICA
DE LA FELICIDAD

UNA NUEVA VISIÓN
DE LA HISTORIA DEL MUNDO

Traducción castellana de
Lara Cortés



CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2020

Historia económica de la felicidad. Una nueva visión de la historia del mundo
Emanuele Felice

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Storia economica della felicità*

© 2017, Società editrice Il Mulino, Bologna

© de la traducción, Lara Cortés Fernández, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-188-5
Depósito legal: B. 1206 - 2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO 1

UNA HISTORIA PERDIDA

La desesperación es una forma superior de crítica.
Por ahora, la llamaremos felicidad.

Léo Ferré, *La solitudine*, 1971

Es ley universal: no es posible construir nuestra felicidad sin construir también la de los demás.

Antonio Genovesi, *Autobiografia, lettere e altri scritti*,* 1962 (1764)

1. POR QUÉ LA FELICIDAD

Antes de nada, es conveniente aclarar qué entendemos por felicidad. Más adelante volveremos sobre este concepto de una forma más exhaustiva, pero tal vez resulte útil especificar desde este momento cuál es la perspectiva que vamos a aplicar aquí. Por simplificar, podemos decir que consideraremos la felicidad como la combinación de tres elementos: a) la libertad, entendida bien como liberación con respecto a las limitaciones materiales (esto es, como control sobre el entorno natural y comprensión de las leyes físicas, biológicas y psicológicas por las que se rigen la naturaleza y nuestra especie), bien como capacidad de reducir las trabas que unas personas ponen, de forma intencionada o no, a la libertad de otras personas;¹ b) las relaciones sociales y, c) por último, un aspecto de enor-

* Obra aún no traducida al castellano. (*N. de la t.*)

me importancia al que, por ahora, nos referiremos con la vaga expresión de «sentido de la vida», pero sobre el que profundizaremos más adelante.² Este concepto difiere mucho —y no solo por ser más amplio— del hedonista-egocéntrico, que, básicamente, constituye tan solo una combinación de nivel de ingresos y análisis subjetivos (en respuesta a la pregunta «¿en qué medida te sientes feliz?»). En realidad, la felicidad no debería evaluarse con encuestas, como en parte hacen ya incluso algunos informes internacionales,³ sino, en la medida de lo posible, con una serie de indicadores objetivos que puedan identificar aquello que (siguiendo el enfoque de las *capabilities* de Amartya Sen y Martha Nussbaum) se define como «desarrollo humano»: nivel de renta, educación y esperanza de vida, así como derechos civiles, sociales y políticos. En rigor, estos indicadores evalúan sobre todo el primer componente (es decir, la liberación con respecto a las limitaciones materiales y la libertad negativa), que, por otra parte, es el que más en consonancia está con los estudios de economía. Los otros dos componentes (las relaciones sociales y el sentido de la vida) son, en el fondo, imponderables, aunque, si se analizan bien, se comprobará que no pueden separarse del primero: este es el motivo que nos ha llevado a escribir una historia «económica» de la felicidad.

A ello hay que añadir que nuestro planteamiento conecta con la reflexión de una parte de los ilustrados y que, no por casualidad, se completa con el discurso sobre los derechos humanos que apareció en el Siglo de las Luces, a partir precisamente del derecho a la felicidad (o, mejor dicho, a la búsqueda de la felicidad):⁴ en definitiva, la felicidad entendida como un derecho, como «primer derecho», incluso, que hay que asociar, en la medida de lo posible, a parámetros objetivos, que constituyen su condición previa. Desde luego, este no es el único concepto de felicidad que ha existido en la historia ni tampoco es el único al que se aspira hoy. Más adelante analizaremos de forma crítica también las otras alternativas.

Dicho esto, tal vez haya llegado el momento de contemplar con algo más de confianza nuestra aventura. Hablábamos antes de un «abismo»: de la creciente brecha que se ha abierto entre el desarrollo tecnológico y la dimensión ética de los seres humanos, cuyas condiciones de vida deberían haber mejorado con el uso de la tecnología. Y también de una búsqueda en la que intentaríamos revisar el largo camino hacia la prosperidad desde la perspectiva del gran objetivo, tal vez del más importante: ser feliz.

Ya en el pasado los filósofos, los especialistas en la historia de las ideas y, a veces, también los escritores, trataron de emprender aventuras de este tipo. Pero hasta ahora nunca lo había hecho un historiador económico. Curiosa laguna, considerando que la economía debería preocuparse precisamente por determinar cómo podemos lograr un mayor bienestar individual y colectivo, y que la historia de la economía, en concreto, tendría que ayudarnos a reconstruir las etapas de este recorrido y a evaluar sus resultados. Pero eso solo es posible si se tiene en cuenta la relación entre los dos componentes del problema, esto es, el progreso tecnológico, por una parte, y la dimensión ética, por otra. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX todos los economistas, incluso los más cuidadosos, y también los historiadores económicos han preferido limitarse a medir y a describir el borde superior de la brecha, es decir, el progreso tecnológico, desatendiendo o dando por resueltos los interrogantes que planteaban la psicología, la ética y la política (y eso, en el mejor de los casos: a menudo la economía se ha dedicado a elaborar refinados modelos teóricos copiados de la mecánica estática, que, como advierte Deirdre McCloskey, son tan útiles para la vida real como un reto de ajedrez).⁵

Al actuar así, los economistas y los historiadores de la economía han acabado alabando las «magníficas suertes progresivas»* con un optimismo mal disimulado, cuando no incluso ingenuo. Y, al final, han perdido el norte hasta con respecto al mero bienestar material, dado que se aferran a principios de racionalidad y optimización que no siempre son aplicables a la experiencia humana, como bien han comprendido ya otras ciencias sociales.⁶ Para los economistas del crecimiento, sean cuales sean su orientación y su origen, el progreso tecnológico, que se traduce en productividad y, a través de ella, en producto interior bruto (PIB), es prácticamente el único objetivo al que aspirar.⁷ La política y los medios de comunicación parecen coincidir con ellos en este punto y centran su atención precisamente en el PIB, como base por la que se ha de medir el éxito de la clase dirigente, del país, de la sociedad. También

* Cita de un verso del poema *La ginestra, o fiore del deserto*, de Giacomo Leopardi, cuya traducción tomamos de Navarro, D., *Cantos*, Editorial Planeta, Barcelona, 1983, p. 107. Este verso es, a su vez, una cita de otro poema del primo y rival de Leopardi, Terencio Mamiani, según se indica en la nota al pie de otra edición en castellano de *Cantos*, de Bernal, J. L., Comares, Granada, 1998, p. 291. (*N. de la t.*)

la historia económica se ha convertido en el relato del avance de la riqueza material de los seres humanos (los bienes y servicios generados y comercializados en el mercado), desde la Edad de Piedra hasta la Era Espacial: un relato lineal, por momentos teleológico, lógicamente con variantes que dependen de las instituciones, la política o la geografía, pero que no merman lo más mínimo la confianza de base.⁸

Hay que reconocer, desde luego, que en los últimos decenios algunos economistas menos ortodoxos, a veces siguiendo la estela de los clásicos de la Ilustración, han vuelto a prestar atención al bienestar humano y, al hacerlo, han redescubierto también la utilidad de establecer vínculos con otras ciencias, desde la antropología hasta la psicología.⁹ Sin embargo, los análisis de estos «economistas de la felicidad» suelen carecer de profundidad histórica, lo que explica en parte que tiendan a concluir con un decálogo de buenas intenciones, que resultan hasta un poco obvias. Apenas rozan esos puntos cruciales que, si nos fijamos bien, la humanidad se ha planteado desde siempre, aunque de manera más intensa a partir de la revolución industrial: el crecimiento de la población, las oportunidades y los riesgos que entraña el desarrollo tecnológico y los principios de la ética (y de las relaciones humanas) en una sociedad que se va haciendo más y más global. Pero esto no es todo. En la medida en que la economía de la felicidad pone el acento en los indicadores subjetivos del bienestar o amplía la dimensión egocéntrica, se presta a que se haga de ella un uso distorsionado, contrario a sus propios objetivos (como tendremos ocasión de ver más adelante).

Más interesante nos parece lo que está ocurriendo en el ámbito de la historia económica, en el que, desde fechas muy recientes, se puede observar una cierta reorientación, con intentos de realizar análisis de períodos amplios de la historia no solo centrándose en la renta, sino también en la educación, en la esperanza de vida y en otros aspectos del bienestar humano, como la nutrición o, incluso, las libertades políticas.¹⁰ Nuestra investigación se enmarca en esta vía. En algunos aspectos, aspira a integrarla en una visión más amplia, con propuestas de la historia de las ideas y de la filosofía moral y política.

Si tiene sentido hacerlo es, en parte, porque las demás ciencias sociales (desde la psicología hasta la antropología, pasando por la sociología y la historia de la cultura), que se han ocupado precisamente de estos problemas desde ángulos diferentes, han pasado por alto un punto central: el bienestar material.¹¹ Es decir, han olvidado el papel que pueden

desempeñar en nuestra felicidad la innovación tecnológica y, de un modo más general, la economía, liberando a cada ser humano de la «necesidad» y ampliando sus posibilidades de construir su propia vida según sus aspiraciones. De hecho, las investigaciones empíricas parecen coincidir en que, para alguien que sea muy pobre, una mejora de las condiciones materiales puede tener un enorme impacto en su felicidad. En cambio, a partir de un determinado nivel (que, por cierto, en el mundo desarrollado ya hemos superado ampliamente), no basta con el bienestar material. Se trata de la célebre «paradoja de Easterlin»: cuando los ingresos se multiplican, la felicidad aumenta al principio, pero llegados a un determinado punto deja de crecer e, incluso, disminuye (esta relación se representa en forma de una «U» invertida).¹² También esta paradoja forma parte, en el fondo, del aumento de la brecha entre tecnología y ética. Además, puede incluso mermar la prosperidad alcanzada con tanto esfuerzo: no en vano, lo hizo ya en el pasado, con la ayuda de la imagen de felicidad que enarbolaron determinadas sociedades, de tipo totalitario.

Por tanto, es imprescindible aplicar un enfoque multidisciplinar, es decir, conectar la historia económica con otras disciplinas sociales, sobre todo con aquellas que, en el pasado, estudiaron la felicidad tanto desde la perspectiva conceptual (más que material) como desde la individual: la filosofía moral, la historia de las ideas y, en algunos aspectos, también la antropología y la psicología. El relato que resulta de ello es, lógicamente, interdisciplinar. Quiere parecerse a —tal vez incluso convertirse en— una «historia total», un poco según la entendía Marc Bloch: una historia de los acontecimientos humanos como tales, considerando al mismo tiempo los aspectos psicológicos y materiales, los problemas económicos y también los existenciales, sin especiales limitaciones de tiempo o espacio. Hasta donde resulte posible hacerlo, claro. En cualquier caso, lo importante es el objetivo —mejor dicho, la necesidad— de no ceñirse a una sola dimensión o a un solo contexto.

Por último, debemos añadir que, precisamente porque los aspectos materiales y los valores están ligados entre sí de una forma tan estrecha, se influyen mutuamente, así que elegir la felicidad como objeto de investigación tiene una doble utilidad: nos aporta no solo un fin que perseguir, esto es, un parámetro para valorar la milenaria historia humana, sino también un instrumento para comprender; en definitiva, una herramienta indispensable para reflexionar sobre las causas del devenir

histórico. ¿Por qué el camino de las civilizaciones tomó, en un momento dado, una determinada dirección? ¿Por qué, por ejemplo, la revolución industrial arrancó en la Inglaterra del siglo XVIII y no en la Roma clásica o en la Florencia medieval, en la Edad de Oro del islam o en el Celeste Imperio? Estos interrogantes atormentan desde hace tiempo a los historiadores y a los economistas más ambiciosos, como es natural. Más adelante tendremos ocasión de hacer referencia a sus principales estudios, pero aquí podemos ya adelantar que algunas investigaciones recientes apuntan precisamente al vuelco que experimentó el concepto de felicidad —en el momento en que esta pasó a considerarse alcanzable aquí, en esta vida, y sin necesidad de seguir una vía ascética, sino simplemente recurriendo al «conocimiento útil»— o al cambio de la filosofía, la cultura y la visión del mundo (coincidiendo, *grosso modo*, con la revolución científica y la Ilustración) como el principal impulsor del crecimiento moderno.¹³ Por consiguiente, la perspectiva que adoptamos aquí no solo puede ayudar a describir lo que ha ocurrido, sino también a explicarlo.

Para empezar a perfilar nuestra clave interpretativa, conviene, llegados a este punto, proponer una breve digresión sobre el proceso de cambio de la economía a lo largo de un extenso período: un panorama fundamental para introducir la narración, más pormenorizada, que ocupará los tres capítulos siguientes.

2. LAS TRES REVOLUCIONES DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD...

En el largo camino que ha recorrido la especie humana desde la aparición de los primeros homínidos hasta nuestros días, se han producido tres grandes revoluciones, cada una de ellas de milenios de duración. Se trata de transformaciones económicas y, al mismo tiempo, culturales (la primera de ellas tal vez también biológica) que han cambiado nuestra manera de producir, de pensar y de vivir (esto es, de ser). Y cada una de ellas corresponde a una o varias «ideas» diferentes de la felicidad.

La primera fue la revolución cognitiva, que dio lugar a los cazadores-recolectores *sapiens sapiens* (que, desde el punto de vista biológico, eran idénticos a nosotros), en cuya existencia (mitificada) se inspira en cierto modo nuestra imagen del «jardín del Edén».¹⁴ La segunda fue la revolución agrícola, que inició el largo período del «valle de lágrimas»

y en la que surgieron dos visiones opuestas de la felicidad: una, terrena, pero individual, que debía conseguirse a través de la vía ascética (la ataraxia); otra, ultraterrena, que podía ser colectiva o, mejor dicho, social (la «ciudad de Dios»). La tercera fue la revolución industrial, que tuvo su origen en la Ilustración y que dio lugar a nuevos ideales de felicidad: la «ciudad del hombre», una versión terrenal de la ciudad de Dios en la que la felicidad individual se vinculaba a la colectiva aquí, en esta tierra; una visión que, con el tiempo, acabaría degenerando en ese terror utopista que marcaría de forma indeleble la experiencia del siglo xx. A estas tres revoluciones les dedicaremos los capítulos segundo, tercero y cuarto.

Por suerte, el relato no acaba aquí. A partir de la revolución industrial y de las ideas de la Ilustración también comienza a perfilarse el hedonismo de los «paraísos artificiales», un concepto que hoy es ya hegemónico y que, en el plano económico, se traduce en la sociedad del bienestar y del consumismo, que, si se analiza con detenimiento, resulta ser el estadio avanzado de un proceso que se inició ya en el siglo xviii en Inglaterra (de hecho, sus bases económico-tecnológicas se sentaron con el capitalismo industrial y la sustitución del trabajo humano por el de las máquinas). Al mismo tiempo, y gracias al progreso tecnológico y a los cambios conceptuales que maduraron en la época de la Ilustración, fue tomando cuerpo también una nueva idea de la felicidad, que, a diferencia de las demás, trata de conciliar el bienestar material, la calidad de las relaciones y la libre búsqueda de sentido (o de sentidos) en la vida: se trata de un concepto ligado a una nueva transformación, que aún se encuentra en proceso y cuyo futuro todavía no está escrito, y que, al igual que ocurría con la visión hedonista, concierne tanto a la conducta humana como al mundo de las ideas. Podríamos referirnos a él como una «revolución ética», aunque con ello corramos el riesgo de parecer demasiado optimistas. En nuestros días, hedonismo y revolución ética van de la mano, se oponen, se enfrentan (y, en ocasiones, se mezclan)¹⁵ y configuran el paisaje del mundo contemporáneo, al que dedicaremos los capítulos quinto y sexto.

Estas grandes etapas de nuestro pasado y de nuestro presente constituyen el hilo narrativo que seguiremos para indagar en la relación que existe entre desarrollo económico y felicidad. Pero, como ya hemos adelantado, la perspectiva elegida también nos permite responder mejor a un interrogante igualmente revelador (también en lo que respecta a esa

relación): ¿qué es lo que ha causado el desarrollo económico, la aparición y el declive de las civilizaciones, la sucesión de las diferentes épocas y, sobre todo, el arranque del crecimiento moderno?

Buscar una respuesta única o un modelo explicativo que pueda valer para todos los momentos y lugares es, probablemente, una tarea inútil. De hecho, no debe de ser casual que, en el terreno de la elaboración teórica, los economistas parezcan estar muy lejos de proponer una explicación convincente de este proceso de desarrollo a lo largo de extensas épocas. La *unified growth theory* (teoría unificada del crecimiento), de Oded Galor y David Weil,¹⁶ que es el planteamiento más innovador y ambicioso que se ha presentado en este sentido, parte de la transición demográfica y sostiene que el aumento de la esperanza de vida redujo la fertilidad e hizo más conveniente invertir en capital humano, factores estos que, a su vez, contribuyeron a un rápido incremento de la renta. Sin embargo, no consigue demostrar de dónde surgió la transición demográfica (es decir, por qué en un momento dado empezó a bajar la mortalidad: esta dinámica parte ya de un proceso de crecimiento económico y de desarrollo científico y tecnológico). ¿Por qué motivo, después de milenios y milenios de estancamiento, de repente se desencadena un proceso acumulativo que afecta a la esperanza de vida, a la educación y a la renta (que, casualmente, son también los tres componentes más importantes del desarrollo humano en el planteamiento de las *capabilities* de Amartya Sen)?

Un autor que reconocía abiertamente esta laguna era el premio Nobel Douglass C. North (1920-2015), otro de los expertos que más lejos se han aventurado en esta búsqueda:¹⁷ de hecho, llegó incluso a investigar los mecanismos del proceso cognitivo, es decir, el funcionamiento de la mente humana, combinando de esta forma su análisis del papel de las instituciones con el estudio de la cultura y también de la psicología. Sin embargo, aun cuando este autor admita sin ambages que, a diferencia de lo que ocurre en la biología darwiniana, en las sociedades humanas la clave de la evolución reside en la intencionalidad de los agentes, parece subestimar un punto crucial: esa intencionalidad no depende solo de nuestro conocimiento —limitado y subjetivo— del ambiente externo, sino también de la visión —determinada por la historia— que podemos tener acerca de lo que es bueno o malo para el ser humano, acerca de la conveniencia o inconveniencia de mejorar nuestra vida, acerca del modo en que debemos hacerlo y acerca de cuáles han de ser nuestros

objetivos —que no son ni de lejos los mismos en cada civilización y en cada cultura—. Así pues, North subestima la importancia de la idea de felicidad (en sus diversas variantes) como referente por el que se guía la intencionalidad de los agentes.

Sin embargo, es posible que añadir esa dimensión sea la única forma de acercarse a una explicación más «completa» del proceso de cambio económico: no a una teoría, ni mucho menos a un modelo, pero probablemente sí a una mejor descripción factual de lo que ocurrió. Al menos con respecto al punto central de nuestra investigación: el paso de una civilización agrícola a un mundo industrial.

Elegir la felicidad como perspectiva prioritaria permite, de hecho, esclarecer un aspecto fundamental que hasta ahora apenas se ha tenido en cuenta y, en consecuencia, ayuda a encontrar la pieza que faltaba en el puzle. A pesar de la enorme variedad de economías y culturas que se observa en los cinco continentes, en todas las civilizaciones se encuentra, *grosso modo*, una misma disposición existencial, una actitud mental común que sirve de base para la creación de instituciones análogas. Esas instituciones análogas son, en todas partes, las de la desigualdad: no en vano, la civilización agrícola se basa en la desigualdad «de derecho» entre clases sociales, entre hombres y mujeres. La disposición existencial común que sustenta esta desigualdad es la de la resignación: la renuncia a la felicidad «pública» en este mundo; la aceptación de la infelicidad como parte de la vida social, con la esperanza de alcanzar una felicidad ultraterrena, o, a lo sumo, una serenidad individual alejada de las tribulaciones cotidianas.

La desigualdad jurídica, como ya hemos adelantado, se encuentra en todas las civilizaciones agrícolas, incluso en aquellas que surgieron y se desarrollaron de manera completamente independiente entre sí. En esto se diferenciaban radicalmente de las comunidades de cazadores-recolectores. Habrá quien argumente que esta característica es consecuencia de la necesidad de realizar trabajos especialmente arduos, incluso matoradores (en el sentido literal de la palabra) para garantizar la propia supervivencia: alguien tiene que encargarse de ese tipo de tareas, así que, en cierto modo, habrá que obligarlo. Dicho de un modo muy simplificado, ese es el motivo por el que en todas partes fueron apareciendo de forma progresiva las instituciones de la desigualdad y la ideología que las sustentaba. Según esta, las clases altas de la sociedad, que se libran de la fatiga de realizar un trabajo físico, no deben dedicarse a los conocimien-

tos útiles, sino exclusivamente a los teóricos. De este modo, se impone una mentalidad basada en la resignación y en la condena del enriquecimiento personal, que son dos consecuencias inevitables cuando la inteligencia no se aprovecha para mejorar las condiciones humanas a través del progreso tecnológico ni para aumentar el tamaño del «pastel que hay que repartir» (ya que, de lo contrario, ese pastel crecería y la codicia sería socialmente justificable). De este modo, además de la desigualdad y la resignación —es decir, del rechazo de la felicidad como horizonte de la acción política—, se erigen otros dos pilares que, por encima de las diferencias de religión, hábitos y leyes, sostienen a las civilizaciones agrícolas tradicionales en todos los rincones del planeta: la negación del conocimiento práctico y la condena del enriquecimiento personal.

En realidad, este paradigma tiene en su raíz un trasfondo económico o «tecnológico»: el modo de producción. Sobre esa base se crea una estructura social e institucional (la desigualdad) y el consecuente concepto del conocimiento (desvinculado de su utilidad práctica), que quedan unidos mediante un pegamento de ideología y cultura relacionado, precisamente, con la idea de la felicidad (la resignación y el rechazo del enriquecimiento individual). Llegados a este punto conviene recordar que, en el mundo preindustrial, las sociedades más desiguales suelen ser justo aquellas que crecen menos. Y no es una casualidad.

El paradigma del orden liberal-democrático, que impregna el mundo industrial, es totalmente distinto: igualdad jurídica, conocimiento útil, derecho a la felicidad y valoración del enriquecimiento individual. Pero, al igual que ocurría con las civilizaciones agrícolas, este paradigma también tiene un trasfondo económico y tecnológico: la sustitución del trabajo físico por la actividad de las máquinas. A partir de él surge una nueva estructura social e institucional, alimentada por los postulados de la igualdad (jurídica). Y esa estructura queda unida por un pegamento de ideología y cultura que también en este caso está relacionado con el concepto de felicidad: se considera que todo ser humano tiene derecho a buscar la dicha aquí, en la tierra.

¿Cómo se pasó de uno a otro «paradigma»? Antes de seguir, conviene aclarar que solo se puede considerar que se ha producido este paso cuando los cuatro pilares del viejo orden, que se apuntalan entre sí, se vienen abajo y se sustituyen por los nuevos. En tanto en cuanto eso no suceda, siempre se correrá el riesgo de volver atrás. Es lo que le ocurrió a la civilización grecorromana, que solo consiguió debilitar algunos de esos pilares.

No es casualidad que, a lo largo de la historia, el desmoronamiento del viejo orden (un orden que se fue consolidando durante milenios) haya sido un proceso gradual y lento, de tipo incremental. Arrancó en la Europa medieval y aprovechó los cambios en la demografía, en la sociedad (el hundimiento demográfico tras la peste del siglo xiv), en la disponibilidad de recursos y en la visión del mundo (con las exploraciones geográficas), así como las transformaciones culturales (el humanismo y la Reforma). Esta combinación única de factores, fortuita en determinados aspectos, hizo temblar en lo más profundo la argamasa social, institucional y cultural de la civilización agrícola europea. Facilitó —al menos en una parte del continente— el ascenso de una clase social innovadora que desafió al viejo orden y que, a diferencia de lo que había ocurrido en otros capítulos del pasado, esta vez no salió derrotada; una clase que defendía valores hasta entonces desconocidos, como el enriquecimiento personal, y que demostró sus capacidades a través de la conquista de los territorios y los mercados extraeuropeos. Todo ello sentó las bases de la gran «revolución de las ideas» que, ya en los siglos xvii y xviii, cambiaría para siempre el paradigma dominante, con aquel dinamismo que nació con la revolución científica y culminó en el Siglo de las Luces. Gracias a la revolución científica, empezó a imponerse la idea del conocimiento útil. Gracias a la Ilustración, llegaron los otros dos cambios decisivos: se abrió paso la tesis de la igualdad jurídica y se consolidó un nuevo concepto de felicidad.

Con la transformación del concepto de felicidad, la revolución de las ideas alcanzó su momento más rompedor, modificando las intenciones de los actores, dando una nueva orientación a sus elecciones y permitiendo, pues, un profundo cambio, ya definitivo (al menos, por lo que parece hoy), incluso en el ámbito de la tecnología y la producción o en el de la economía. El viejo orden se hundió para siempre, y con ello se amplió el campo de acción del conocimiento útil y se consiguió que la igualdad jurídica no fuese papel mojado (como había ocurrido en cambio con los estoicos de la época grecorromana, que no lograron abolir la esclavitud), sino una realidad tangible. En el fondo, también es este el motivo por el que todo lo que sucedió en Europa durante la Edad Moderna y que culminó en la Ilustración puede considerarse la clave de nuestra investigación en su conjunto.

3. ...Y LA REVOLUCIÓN DE LAS IDEAS

Antes de la Edad Moderna existían dos conceptos predominantes de felicidad.¹⁸ Uno de ellos era el de las religiones monoteístas, para las que la felicidad solo es posible en otra vida, después de la muerte: aquí y ahora estamos en un «valle de lágrimas» y nuestra existencia terrenal no sirve más que para alcanzar el objetivo de la felicidad eterna, la única que cuenta, la única real. Babilonia había caído; Roma, también. De acuerdo con las conocidísimas palabras de Agustín de Hipona (san Agustín), no es de la efímera ciudad del hombre de lo que debemos preocuparnos, sino de la ciudad de Dios.

El segundo concepto, característico de Oriente (por el budismo), pero también con una notable influencia sobre el mundo mediterráneo anterior al cristianismo (baste recordar las escuelas cínica y epicúrea), se basa en la idea de que, en realidad, es posible cultivar la felicidad (o tal vez sea mejor decir «la serenidad») en esta tierra, siempre y cuando mantengamos bajo control tanto las influencias del mundo exterior como nuestros deseos. La única felicidad terrena que existe solo puede alcanzarse a través de la vía ascética y es esencialmente individual: incluso Epicuro, que muestra ciertas reticencias frente al ascetismo, recomienda mantenerse lo más lejos posible de las preocupaciones de la vida política. En la época helenística solo hay una escuela filosófica que, aun siendo ascética, admite la felicidad pública: se trata del estoicismo. Sin embargo, no parece capaz de modificar la realidad que lo rodea ni de poner en práctica los principios que defiende (por ejemplo, no consigue la abolición de la esclavitud) porque, en parte debido a su ascetismo, se opone al progreso tecnológico.

Como tendremos ocasión de analizar mejor más adelante, en la Europa preindustrial se puso en marcha un proceso cultural —aunque con importantes contribuciones a las dinámicas sociales e institucionales— que provocó que estos conceptos de la felicidad entraran en crisis. Fue fundamentalmente la Ilustración la que introdujo una ruptura total con respecto a las visiones anteriores. Lo hizo de una forma ostentosa, patente incluso en el título de algunas de sus obras: desde *Della pubblica felicità* («De la felicidad pública»), de Ludovico Antonio Muratori (1749), o *Meditazioni sulla felicità* («Meditaciones sobre la felicidad»), de Pietro Verri (1763), hasta *De la Félicité publique, ou Considérations sur le sort des hommes, dans les différentes époques*

de l'histoire («De la felicidad pública o reflexiones acerca del destino de los hombres en las diferentes épocas de la historia»), de François Jean (Chevalier) de Chastellux (1722), que, por cierto, se trata del primer libro que intenta reconstruir la historia de la felicidad.¹⁹ En definitiva: los ilustrados se plantearon el problema de la felicidad pública, en muchos casos de forma explícita y en otros, solo de forma implícita, por ejemplo prestando una enorme atención a las instituciones que se supone que deberían trabajar por mejorar el bienestar de la población y limitar los abusos de poder, según se refleja —por ceñirnos a los títulos más conocidos— en *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu (1748), o, antes incluso, en el *Segundo tratado sobre el gobierno*, de John Locke (1690), o, más adelante, en *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith (1776), o también, al menos en el plano de la formulación de principios, en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, que redactó Thomas Jefferson (1776). Precisamente este último ejemplo puede considerarse, todavía hoy, el manifiesto del orden liberal-democrático, especialmente por el célebre principio de su segundo párrafo:

Sostenemos como evidentes por sí mismas las siguientes verdades: que todos los hombres son creados iguales; que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre esos derechos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad; que para garantizar estos derechos se constituyen entre los hombres los Gobiernos, cuyos poderes legítimos derivan del consentimiento de los gobernados.

Desde el punto de vista conceptual, la Ilustración es, por tanto, el movimiento de ideas que consagra una nueva perspectiva en el devenir histórico: la de alcanzar la felicidad aquí, en la tierra, sobre todo a través de la transformación de las instituciones y de las reglas formales e informales que regulan las acciones humanas. Buena parte de los filósofos del siglo XVIII coincidían en la idea de que, mediante intervenciones adecuadas, es posible mejorar las condiciones de todos o, al menos, de la mayoría: el crecimiento no es un juego de suma cero (en el que yo gano lo que tú pierdes), sino un juego de suma positiva (en el que los dos salimos ganando, porque el pastel que tenemos que repartirnos aumenta de tamaño). Se trata de una intuición crucial: en el momento en que se combinó con otra gran novedad de la Europa moderna, a saber, el «conoci-

miento útil» (o sea, el progreso tecnológico), comenzó a dar forma al mundo en el que ahora vivimos.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. De hecho, la Ilustración —y, sobre todo, la idea inspiradora que le sirve de base: la transformación de la sociedad con las luces de la razón— ha dado lugar a sistemas político-ideológicos antitéticos entre sí: no solo al actual orden democrático-liberal, sino también (aunque no sin contar con influencias anteriores y posteriores ni sin tergiversar en cierto modo la propia Ilustración) al orden totalitario de tipo comunista o, en algunos aspectos, incluso al orden nazi.²⁰ Todas estas ideologías aspiran a reestructurar la sociedad sobre la base de tesis que presentan como científicas, con el fin de mejorar la condición humana, aquí, en la tierra, aunque no necesariamente en un futuro inmediato ni (en el caso del nazismo) en beneficio de todas las «razas» (sino tan solo de las más «evolucionadas»). Y, desde luego, tuvieron resultados muy diferentes, como veremos más adelante.

Pero antes de pasar a la parte narrativa, permítannos una observación final acerca del esquema interpretativo que les proponemos y que podríamos resumir del siguiente modo: en las civilizaciones agrícola-comerciales de la Europa moderna, el cambio social e institucional produjo también un cambio cultural. Y cuando este último consiguió tocar la idea de felicidad, modificó el fin por el que se orientaban las acciones humanas hasta entonces: provocó, a su vez, otra transformación decisiva en el ámbito social y en el institucional, y también modificó profundamente el ámbito económico y el tecnológico, de un modo que ya no admitiría vuelta atrás. Fue entonces cuando se materializó la «gran transformación», en palabras de Karl Polanyi (una transformación que hoy en día parece irreversible). El paradigma del viejo mundo y todos sus aspectos fundamentales se desmoronaron de forma definitiva.

Sin embargo, conviene aclarar que este esquema no debe interpretarse de un modo rígido. Se ha de contemplar la posibilidad de que en el plano cultural se produzcan significativas escapadas del pelotón, es decir, que el mundo de las ideas mantenga una cierta independencia con respecto al ámbito de la producción, la sociedad y las instituciones.²¹ Un ejemplo de ello lo encontramos, precisamente, en la filosofía estoica, pero también en la ciencia y la tecnología árabes de la Edad de Oro, que se extendió del siglo VIII al XIII. Estas escapadas, sin embargo, están condenadas a perecer si no van acompañadas de una profunda transformación social e institucional. La revolución científica y la Ilustración tu-

vieron la suerte (digámoslo así) de desarrollarse en un contexto especialmente propicio a los grandes cambios, tanto desde el punto social e institucional como desde el cultural. Otros movimientos importantes de épocas históricas diferentes carecieron de estas condiciones. Además, por esa misma razón, la revolución científica y la Ilustración tuvieron la fortuna de plantear su desafío hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta defender una nueva idea de la felicidad como meta alcanzable en la vida real, como fruto de las decisiones humanas individuales y colectivas que favorecen el progreso tecnológico. De ese modo, se dejó atrás el fatalismo y la resignación: el ser humano se convirtió en artífice de su propio destino.

Pero ya es hora de que empecemos a desenredar la madeja de nuestra historia...